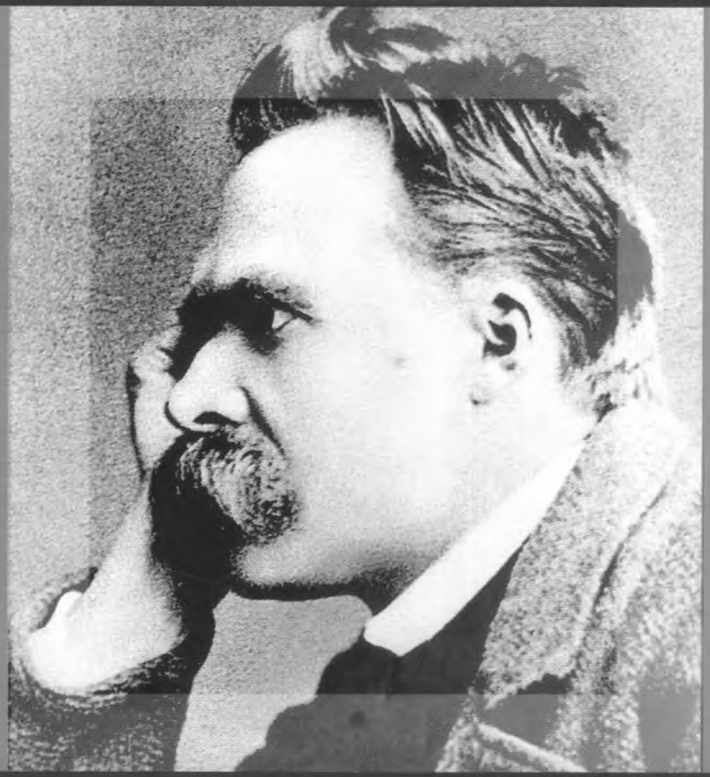
¿Quién era Friedrich Nietzsche?

Perfil de un deicida frustrado



POCO Y BUENO

SERIE FENÓMENOS

Correa, Francisco Javier
Quién era Friedrich Nietzsche? : perfil de un deicida frustrado . - 1a ed. - Buenos Aires : Centro de Difusión de la Buena Prensa, 2013.
32 p. ; 14x10 cm. - (Poco y bueno. Fenómenos; 192)

ISBN 978-987-624-103-8

1. Filosofía. I. Título
CDD 190

Copyright Centro de Difusión de la Buena Prensa
Ayacucho 236 P. B. "A" C1025AAF.
Tel/fax: 5411-4953-4685/3764
www.buenaprensa.org
E-Mail: catolica@buenaprensa.org

Diseño: Lucía Dietrich
Impresión: G. Crippa Editores
ISBN: 978-987-624-103-8

Introducción

Su método genealógico y su psicología del resentimiento y la sospecha, hicieron de él un precursor de los psicoanalistas del siglo XX. Nietzsche nació en 1844 en la casa parroquial de Röcken (Alemania). Su padre, sus abuelos y sus bisabuelos eran pastores protestantes. Su padre falleció cuando el pequeño Friedrich tenía cuatro años de edad. Era un niño ensimismado y de extrema rectitud de conciencia, al punto que sus amigos lo apodaban "Pequeño Pastor". Al ingresar a la escuela secundaria, estudió piano y comenzó a componer pequeñas obras musicales. A partir de los catorce años, prosiguió sus estudios como interno en la prestigiosa escuela de Pforta, donde recibió una sólida formación científica, literaria y religiosa, aprendiendo griego y latín y leyendo a los clásicos en su lengua original.

A los diecisiete años comenzó a sentir dudas de fe. Al salir de Pforta, se inscribió en la carrera de Teología, por insistencia de su madre, pero al mismo tiempo se anotó en

Filología. Concluido el primer semestre, dejó definitivamente la Teología para dedicarse a la Filología. En 1865 leyó a Schopenhauer, cuyas afirmaciones lo conmovieron. Para ese entonces ya había dejado atrás la fe cristiana. En 1867 ingresó en la Caballería para participar en la guerra entre Prusia y Austria, y en 1869 fue nombrado Profesor de Filología de la Universidad de Basilea (Suiza). En 1870 dejó por poco tiempo la universidad para ejercer como voluntario en los cuerpos de sanidad durante la Guerra Franco-Prusiana. A su regreso, en Basilea, conoció al famoso músico Wagner, con quien estableció una amistad que duraría varios años.

Sin embargo, su promisoria carrera universitaria se vio truncada por problemas de salud. Sufrió migrañas recurrentes y vómitos, que se hicieron cada vez más frecuentes, impidiéndole realizar su labor. En 1879 solicitó ser relevado de su cargo y se le asignó una pensión, lo que le permitió vivir dedicado exclusivamente a la escritura. Nietzsche viajó entonces por el sur de Alemania, Suiza y el norte de Italia, buscando un clima más

favorable para sobrellevar sus dolencias. A principios de 1889, en Turín, sufrió un ataque del que ya no pudo reponerse. Vivió sus últimos años atendido primero por su madre y, luego del fallecimiento de ésta, por su hermana, hasta su muerte en el año 1900.

Nietzsche se pasó media vida predicando la muerte de Dios, hasta que se volvió loco. Comte soñó con predicar el positivismo ateo en Notre Dame, y profetizó que la estatua de la Humanidad tendría un día por pedestal el altar de Dios. También murió sin ver su sueño cumplido. Voltaire estaba convencido de que podría acabar con la Iglesia católica: si doce hombres hicieron falta para extenderla por el mundo, uno solo bastaría para echarla abajo. Desde Nerón, la lista de adversarios mortales del Dios cristiano es larga, y el fin de todos ellos es común: el cementerio. Mientras tanto, la Iglesia acumula veinte siglos de vida, y desafía todas las leyes que rigen la supervivencia histórica de las instituciones. Este sencillo y asombroso dato sería una buena lección para ciertos gobernantes atacados por cierta furia iconoclasta. Una

buena lección, si fueran capaces de superar sus obsesiones ideológicas con una actitud respetuosa hacia la gente que no piensa como ellos.

Nietzsche, en uno de sus frecuentes desvaríos, dijo: «Dios ha muerto». Más irreverente todavía, Nietzsche afirmó en 1888 que la cruz es «el árbol más venenoso de todos los árboles», es una «maldición para la vida». Sin comentarios; sólo se trata de subrayar la extrema gravedad del ataque. Pero en la historia hemos comprobado experimentalmente que allí donde no hay Dios, no hay tampoco hombre. Europa, siempre atenta a sus intelectuales, levantó acta de defunción y se apresuró a tomar la herencia para malgastarla. Así, desde hace años, Occidente vive del cuento. Los especialistas denominan a este proceso secularización. Se trata de dilapidar la herencia cristiana. Jugando en el lodazal, esperan los cerdos que un día habrán de pastorear la soberbia Europa. Entendemos a Pascal cuando afirma que sólo existen dos clases de personas razonables: las que aman a Dios de todo corazón porque le conocen, y las que le buscan

de todo corazón porque no le conocen. A esos gobernantes que pretenden su muerte habría que recordarles lo del personaje de Tirso: «Los muertos que vos matáis, gozan de buena salud». Deberían entender que la realidad suele ser tozuda, y que la realidad de Dios no lo es menos: si es expulsado por la puerta, entrará por la ventana, y si se le arroja por la ventana, entrará por la puerta. A esos gobernantes que gustan del diálogo y la humildad, les vendría muy bien el recuerdo de Nietzsche, Comte o Voltaire, porque está claro que la Historia se repite.

Pensamiento dislocado

Entre sus obras se destacan: El origen de la tragedia en el espíritu de la música, Aurora, La gaya ciencia, Así habló Zaratustra, El anticristo, Más allá del bien y del mal, Ecce homo y La voluntad de poder. Nietzsche sostenía que las creencias en Dios, la Moral y la Metafísica se han revelado inconsistentes; que su origen no se encuentra sino en el hombre, en el hombre débil y sufriente que no puede superar por sí mismo su do-

lor y busca consuelo en el más allá. Por eso habla de la "muerte de Dios" y propone un nuevo tipo de hombre: el súper-hombre. Paralelamente, advierte sobre el peligro de que nuestro tiempo dé a luz al más bajo de los hombres, al "último hombre", que no vive ya la grandeza alienada del hombre clásico pero tampoco llega a la propia del súper-hombre. El "último hombre" es aquel que se conforma con lo superficial, que no se conmueve ni por la "muerte de Dios". A este tipo de hombre Nietzsche lo considera despreciable. En cambio, en varios pasajes muestra admiración por los santos y los miembros del alto clero de la Iglesia Católica, no por su fe sino por su autoexigencia. Nietzsche fue, indudablemente, una persona de espíritu aristocrático.

«Dios ha muerto», dicía Nietzsche. La concepción según la cual el mundo tiene un orden y sentido, ya sea éste inmanente o trascendente, ha sido superada. El hombre ha tomado conciencia de que todo lo que consideraba como sagrado, santo, bello y bueno, no lo era en sí mismo sino porque él

lo valoraba así. El hombre se descubre como aquel que valora, aquel que da sentido. La vida tiene el sentido que nosotros le damos y en ello reside la grandeza del hombre. Ya no podemos hablar de un bien y un mal objetivos. Por eso, en Así habló Zaratustra, su obra más famosa, el personaje central es el predicador persa que siete siglos antes de Cristo enseñó que había un Principio del Bien y un Principio del Mal. En la obra, Zaratustra viene a enmendar su error, a decirnos que no hay un bien y un mal en sí mismos. El bien y el mal son lo que nosotros hacemos que sean, pero nosotros estamos "más allá del bien y del mal".

Voluntad de poder

El núcleo del pensamiento de Nietzsche consistía en definir y propulsar el instinto básico de "voluntad de poder" que tiene el ser humano. Entre los elementos de reflexión con que Nietzsche acompañaba o cimentaba ese núcleo de su pensamiento destacaba la furibunda crítica de la moral cristiana a la que calificaba como "moral de

esclavitud" (es decir, lo contrario al "espíritu de casta superior" que Nietzsche propugnaba), debido a lo cual los libros de Nietzsche se propagaron con fuerza y rapidez por la cristiana Europa durante el primer tercio del siglo XX, produciendo a la vez admiración y recelo entre la intelectualidad de la época. Entre los admiradores estaban Mussolini y Hitler (en ese orden ya que Mussolini era más intelectual y se percató pronto del tesoro que había descubierto y regaló a Hitler un juego lujosamente encuadernado de las obras completas de Nietzsche), y entre los recelosos a su doctrina estaba el entonces joven y muy valeroso Escrivá de Balaguer, futuro fundador y santo del Opus Dei.

La noticia de la existencia de obras de gran repercusión en Europa, escritas por un tal Nietzsche, como "Aurora", "El Anticristo", "Ecce Homo", o los muy sugestivos títulos de " La Genealogía de la Moral" o el de "Más allá del bien y del mal", así como "La Voluntad de Poder" y "Así Hablaba Zaratustra", le debió llegar al joven Escrivá a través de las apasionadas y fogosas discusiones

que el sacerdote habría mantenido entre los años 1925-1930 con la intelectualidad madrileña, y en particular todo lo relativo a la crítica que Nietzsche hacía del cristianismo como "moral de esclavitud" que frenaba los poderosos instintos humanos de "voluntad de poder".

Aristocratismo o Espíritu de Casta.

Dado que este tema está presente en toda la obra de Nietzsche resulta difícil decidirse a elegir una cita de entre tantas posibles. Tomaremos una del capítulo 57 de El Anticristo: "El orden de las castas, la ley superior y dominante, no es más que la sanción de una ley natural de primer orden, que ninguna voluntad arbitraria, ninguna idea moderna, puede destruir. En toda sociedad sana se distinguen tres tipos psicológicos..., los hombres de preponderancia intelectual, los de (...) temperamento fuerte y los que no se distinguen por preponderancia alguna: los terceros, los mediocres, los últimos, son la mayoría; los primeros son la aristocracia, la casta superior, que es la de número más

reducido..., la separación de los tres tipos es necesaria para conservar la sociedad, para hacer posibles los tipos superiores... ".

San Escrivá de Balaguer va aún más lejos en este espíritu de casta, cuando señala: "Jerarquía, cada pieza en su lugar" (Aforismo 624). "¡Qué afán hay en el mundo por salirse de su sitio! ¿Qué pasaría si cada hueso, cada músculo del cuerpo humano quisiera ocupar puesto distinto del que le corresponde? No es otra la razón del malestar del mundo. "(Aforismo 832)

Exaltación de la Fuerza, la Voluntad, la Lucha. Desprecio a la debilidad y al débil.

La fuerza, el poder, la lucha y el desprecio a la debilidad, (los principales atributos del "superhombre" nietzscheano) han sido algunos de los aspectos de la obra de Nietzsche que mayor influencia han ejercido, sobre todo durante la ascensión y reinado del nazismo. De este pensamiento "radical", "fuerte", encontramos expresión en, por ejemplo, el capítulo 2 de El Anticristo:

"¿Qué es lo bueno? Todo lo que exalta en el hombre el sentimiento de potencia, la voluntad de potencia, la potencia misma. ¿Qué es lo malo? Todo lo que tiene sus raíces en la debilidad. ¡Perezcan los débiles y los fracasados! ... ¿Hay algo más perjudicial que cualquier vicio? La compasión que experimenta el hombre de acción hacia los débiles y los cretinos, el Cristianismo."

La fuerza, llevada a su límite, desemboca en la violencia, y en la guerra. Esta consecuencia, siempre de dimensiones trágicas, se revela necesaria según Nietzsche: "Para edificar un santuario es menester destruir otro..., sería necesario un género de espíritus diferentes de los actuales, espíritus fortalecidos para la guerra y la victoria, en quienes la conquista, las aventuras, el peligro y el dolor fueran necesidades...". Y esta política grande tendrá pronto una dramática concreción: "Habrá guerras de una crueldad y de un valor desconocido en la tierra". En sus proyectos de continuación del "Zaratustra" estos pensamientos se radicalizan más aún, si cabe: "Probemos de una vez con la verdad.

Tal vez la humanidad perezca en la prueba. ¡Qué le vamos a hacer!"

Individualismo egoísta, antisocial y antifraterno.

Que Nietzsche ensalce al egoísmo, lo defienda frente a todo sentimiento de fraternidad o de solidaridad para con los demás, parece lógico en un filósofo propugnador radical del "superhombre". "Ver sufrir produce bienestar; hacer sufrir, más bienestar todavía [...]. Sin crueldad no hay fiesta: así lo enseña la más antigua, la más larga historia del hombre -¡y también en la pena hay muchos elementos festivos!" (F. Nietzsche, La genealogía de la moral, 76). "Poner enfermo al hombre es la verdadera intención oculta de todo el sistema de procedimientos salutíferos de la Iglesia. Y la Iglesia misma -¿No es ella el manicomio católico como último ideal? [...] El momento en que una crisis religiosa se adueña de un pueblo viene caracterizado por epidemias nerviosas; [...] los estados 'supremos' que el cristianismo ha suspendido por encima de la humani-

dad, como valor de todos los valores, son formas epileptoides. La Iglesia ha canonizado in maiorem dei honorem únicamente a locos o a grandes estafadores." (El Anticristo, 87-88)

Machismo o Antifeminismo.

La vida afectiva-sexual de Nietzsche fue bastante complicada: Relaciones ambiguas y no aclaradas con su hermana Elisabeth, amor imposible hacia Cósima, mujer de Wagner, triángulo con Lou von Salome y Paul Ree. El resultado de todo ello fue una profunda frustración y un resentimiento acumulado que trató de disimular mediante el desprecio. Así por ejemplo, en el capítulo 12 de El Anticristo define a las mujeres como: "... esas grandes entusiastas, esas bestias curiosas". El tema está presente a lo largo de toda la obra de Nietzsche, en justa correspondencia con su exaltación de la fuerza y la lucha. Frente al matrimonio, la actitud de desprecio es clara: "Se aprueba el matrimonio: primero porque no se le conoce todavía; en segundo lugar, porque estamos

acostumbrados a él y en tercero, porque le hemos contraído;... y sin embargo, nada de esto demuestra la utilidad del matrimonio." ("Aurora" Aforismo 359).

Una reacción en cadena

Nietzsche parece un gran reformador frustrado de la fachada conservadora de la época. Ante ello, emprende una ciclópea labor de reforma de todo aquello que a su entender es arcaico, torpe, gangrenado, para de este modo poder conservar lo esencial de la vieja sociedad clasista, impulsando a la vez sus facetas más dinámicas o aprovechables. La obra que más claramente refleja esto es La Voluntad de Poder, que es una especie de monografía sobre la sociedad deseada por Nietzsche regida por el estamento de hombres superiores que Nietzsche define. Entre las instituciones que se ven amenazadas por su implacable escoba, está el anquilosado cristianismo.

Para Nietzsche, el rasgo distintivo será la capacidad intelectual y la ausencia o inde-

pendencia respecto a cualquier prejuicio, lo que lo lleva a arremeter contra las religiones en general y contra la Iglesia Católica en particular.

Su psicología anticristiana, antihumanista, posmoral

Ya antes que Freud, Nietzsche había considerado útil a los fines de la transvaloración conservar el milenario concepto de alma, pero reinterpretado, como instrumento fundamental para una transformación cultural. Aunque no siempre ha sido subrayado suficientemente, la influencia del pensamiento "transvalorizador" de Nietzsche sobre el psicoanálisis y la psicología profunda ha sido sumamente profunda. Esta influencia no se limita a ser sólo una conexión histórica, o una coincidencia en tal o cual doctrina, sino que también, y sobre todo, es una coincidencia en el "espíritu" inspirador, en la (pseudo) mística que los inspira. La consecuencia es una visión antihumanista de la realidad del alma, en la que la consistencia del yo individual se disuelve en manos de

poderes extraños, y en la que se pretende la superación fáustica de la moral, poniéndose "más allá del bien y del mal".

La psicología experimental del siglo XIX, fundada en una filosofía positivista, o eliminó el problema del alma o lo relegó a la creencia. Con mucha profundidad psicológica, Edith Stein, que fue estudiante de psicología de W. Stern, había diagnosticado así el mal de esta "psicología sin alma". Cuando se observa una ceguera tan incomprensible respecto de la realidad del alma, como la que encontramos en la historia de la psicología naturalística del siglo XIX, cabe pensar que la causa de esa ceguera y de la incapacidad de llegar a lo profundo del alma no reside simplemente en determinados principios metafísicos, sino en una inconsciente angustia de encontrarse con Dios.

Este proyecto nietzscheano fue ampliamente realizado a lo largo del siglo XX, y hoy el concepto tradicional de alma está absolutamente oscurecido en la conciencia "colectiva" de la cultura occidental. En esto, el psicoanálisis ha jugado un papel no menor. Intentaremos señalar aquí algunas conexiones fundamentales entre la psicología de Nietzsche, radicalmente antihumanista o posthumanista y posmoral, y la psicología contemporánea, con especial énfasis en el psicoanálisis.

La psicología de Nietzsche

El tema de la psicología en Nietzsche debe ser encuadrado en su proyecto de transavloración de todos los valores. En este contexto, la psicología juega un rol capital, es el aspecto destructivo del que filosofa "con el martillo", al punto que el filósofo alemán llega a considerarla como "reina de todas las ciencias". Para Nietzsche, la cosa-en-sí kantiana es una hipótesis inútil, como el mundo de las Ideas platónico y el Cielo cristiano. Así como para Schopenhauer el mundo es "voluntad y representación", para Nietzsche lo único real es este mundo, que es puro devenir de centros de poder en pugna. La psicología se reduce pues a una fisio-psicología, que estudia las transformaciones diversas que sufren las pulsiones. Esta fisio-psicología es además una "psicología profunda", que

debe luchar contra las resistencias inconscientes con que el corazón humano se defiende.
Lo mismo hace con la de "yo". Para Nietzsche el yo no es ni autónomo ni libre, sino una marioneta en manos de poderes ajenos a él. El sujeto queda así absolutamente vaciado y expoliado de todas sus dignidades. No hay "individuo", "el individuum se ha vuelto dividuum", dice Nietzsche. En su interior luchan pulsiones contradictorias, estructuradas en distintos centros de poder, de los cuales el más poderoso gobierna y sojuzga a los otros.
Justamente, la finalidad que Nietzsche persigue en la destrucción de las nociones de yo y de alma es una reinterpretación de la moral. Nietzsche elabora su psicología sobre todo analizando la cultura occidental. La dimensión teorética de la vida humana, ya eliminada por Kant, desaparece aquí absolutamente en una pura praxis auto creativa y autodestructiva. Dado que la verdad, para Nietzsche, no es más que una ficción cuyo carácter de mentira se ha querido olvidar, la construcción de una psi-

cología -racional o empírica- que se propusiera como única meta el conocimiento teórico es algo ilusorio. La verdad no es importante para ella, sino más bien, la salud y la enfermedad. Esto no significa, según su perspectiva, "moralizar" la psicología. Por el contrario, se trata de "des construir" la moral, y su sujeto.

Afirma Nietzsche, Occidente es un tendero de enfermos mentales. El hombre moderno occidental es un "neurótico". Pero la especie más grave de neurótico, sigue el filósofo alemán, es el santo. "Como si la humildad, la castidad, la pobreza, en una palabra, la santidad, no hubiesen causado hasta ahora a la vida un daño indeciblemente mayor que cualesquiera horrores y vicios... El espíritu puro es mentira pura...". El cristiano sería una especie de enfermo débil de los nervios en manos de la guía sádica de los sacerdotes, que los convencerían de autodestruirse lentamente a través de la mala conciencia.

La Iglesia católica, ampara personas psicofisiológicamente débiles dentro de sus muros, y que sería una especie de hospicio

para enfermos mentales. Lo grave, según Nietzsche, es que quienes han roto con la Iglesia, han conservado su moral católica, y la enfermedad se ha expandido poco a poco a todo el mundo. Estamos aquí sin duda en las antípodas de la concepción tradicional, para la cual el santo es también el virtuoso por excelencia, y por lo tanto, ejemplo de plenitud humana. ¿Cuál es la solución que Nietzsche propone? No ciertamente volver a un período premoral, pues la conciencia, que iría siempre acompañada de la mala conciencia, ha sido a su juicio un fruto positivo del cristianismo. Se trata en cambio de llevar la contradicción y la tensión hasta sus últimas consecuencias, en un período "extramoral", "más allá del bien y del mal".

El psicólogo sería alguien que ayuda a un individuo agotado y enfermo por la moral vigente en la cultura occidental, a liberarse de ella y a superarla, transformándose en un individuo "excepcional", o al menos a relativizarla y vivirla como una ficción necesaria, pero no siempre obligante.

El influjo de Nietzsche

El influjo del pensamiento de Nietzsche, en los varios niveles de la cultura occidental, se insertó en un ambiente espiritual acompañado de otros movimientos, enraizados en el proyecto de una nueva moralidad y religiosidad postcristianas. Movimientos contemporáneos y ligados muchas veces al nietzscheanismo han sido el wagnerismo, el espiritismo y el ocultismo, las sectas antroposóficas y teosóficas, algunas formas de socialismo o de anarquismo, y grupos análogos, que buscaban en este tipo de filosofías, y en las ciencias contemporáneas, la justificación de su visión del mundo y de sus prácticas heterodoxas neopaganas.
Sobre todo, el psicólogo debe, como Nietzsche, superar su misma humanidad, poniéndose más allá del bien y del mal, descubriendo la malicia esencial del corazón humano. Sin embargo, su influjo fue grande en sus contemporáneos, sobre todo en aquellos dedicados al estudio del carácter. En los psicólogos de inclinación fenomenológico-existencial, a la influencia de Heide-

gger y de Kierkegaard se suma a menudo la de Nietzsche.

El más relevante exponente del "médico filósofo" nietzscheano ha sido sin duda Freud, a pesar de que ha tenido importantes antecedentes. El hecho de provenir de la medicina ha permitido a Freud la entrada de su pensamiento en el ámbito cultural desde un punto inesperado, y la realización práctica de un proyecto filosófico y en cierto sentido "ético", en modo subrepticio. La "actitud" freudiana, ya presente en Nietzsche, y en otros autores es paradigmática para toda la praxis de la psicología: más allá de su adhesión a la "antropología" freudiana o su rechazo de ésta, y de su visión teórica del mundo, la gran mayoría de los psicólogos posteriores asimila esta misma actitud, que determina toda su actividad. Se trata de la actitud de ruptura respecto de la tradición y de la superación de la moral.

En este proyecto filosófico que Freud pudo realizar a través del psicoanálisis, Nietzsche jugó un rol, capital, que fue creciendo en importancia con los años. Freud leyó Nietzsche desde los 17 años de edad. Más adelan-

te, ya fundado el psicoanálisis, La Genealogía de la moral, y la enfermedad mental de Nietzsche serían tema de las discusiones psicoanalíticas de los días miércoles (1908). El tema Nietzsche aparece también con ocasión de las disidencias de Alfred Adler y Carl Jung.

No es nuestra intención aquí exponer la doctrina de Freud, ni siquiera en sus aspectos fundamentales. Tampoco podemos detenernos en la demostración de los distintos aspectos en los que el pensamiento de Freud ha sido más fuertemente marcado por el de Nietzsche, pues exigiría un desarrollo mucho más amplio. Apuntemos aquí que las nociones de "pulsión", "ello", "inconsciente", "represión", "sublimación", el carácter patógeno de la moral occidental y de la religión, la "compulsión a la repetición", y otras ideas centrales del pensamiento freudiano, se encuentran presentes, en modo muy evidente, en la obra del filósofo alemán. La técnica terapéutica misma de hacer consciente lo inconsciente, se inserta en una concepción cercana a la idea de Nietzsche, según la cual la curación consiste en la aceptación

del mundo como necesidad, y en la superación del bien y del mal.
Por ello, y muy conscientemente, el retorno a Freud es un verdadero "retorno a Nietzsche", a las raíces nietzscheanas del psicoanálisis. En efecto, el descubrimiento de Nietzsche en 1925-1926 había producido su ruptura definitiva con el catolicismo, del que sería en adelante acérrimo detractor.
Este antihumanismo psicoanalítico hunde sus raíces en determinados autores de filosofía, y muy particularmente en Nietzsche. En éste, la deconstrucción de las nociones de alma y de yo está en íntima conexión con el proyecto de transvaloración de todos los valores, y por lo tanto de superación del cristianismo y de la moral. El análisis genealógico del sujeto tiende a mostrar que la estructura de la subjetividad es el resultado de la dirección de la agresividad contra uno mismo. Privando a la moral del "yo", se la priva también de un culpable. El todo es necesario, y los individuos sólo abstractamente se pueden separar de su devenir infinito. Como nadie se puede poner fuera del todo para juzgarlo, Nietzsche cree de este modo redi-

mir el mundo. Así se superarían el bien y el mal, que son nociones entre sí conectadas.
El psicoanálisis aplica esta filosofía a interpretación y atención de los individuos singulares, a los que pretende liberar de las consecuencias negativas del sentimiento de culpa a través de la toma de conciencia de la no-centralidad del yo en su conducta y, por lo tanto, su falta de verdadera responsabilidad. Por eso la terapia psicoanalítica es sólo análisis y no un esfuerzo de transformación de la voluntad y del comportamiento.
Una psicología verdaderamente cristiana debe por lo tanto tener mucha cautela en su relación con autores y doctrinas cuyos fundamentos teóricos y procedimientos prácticos son tan radicalmente deshumanizantes y disolutivos de la responsabilidad moral de las personas. Tomar el método sin la doctrina (Dalbiez, Maritain) no parece una actitud suficientemente lúcida al respecto. No se trata tampoco de hacer psicología "humanista", en el sentido de tener una fe ciega en las posibilidades del hombre "autónomo", desconociendo su efectiva caída; sino de redescubrir las profundidades y posibilidades

que se abren al hombre por la redención de Cristo.
Tanto Feuerbach, como Marx, Comte y Nietzsche estuvieron convencidos de que la fe había desaparecido para siempre. Era como un sol que declina en el horizonte para no volver a resurgir. Su ateísmo se quería y se creía definitivo. Pero hay algo en la realidad del hombre, que no sólo en sus creencias, que le refiere a Dios, y que expresó así Gregorio de Nisa: «Ni el cielo ha sido hecho a imagen de Dios, como tú, ni la luna, ni el sol, ni nada de lo que se ve en la creación». El hombre, aunque sea pecador, no pierde la sublimidad de la vocación, de hijo, a la que Dios, «amigo de los hombres», le ha llamado y ha abierto, en Jesús, a todos los hombres un camino que no se cerrará jamás.

Las lágrimas de su madre

El libro "Mi melancólica alegría" (Editorial Siete Mares) recoge las numerosas cartas que la madre de Nietzsche, Franziska Nietzsche, escribió al matrimonio Overbeck, y en

las que abiertamente expone los sufrimientos que le costaba la atención a su hijo enfermo psíquicamente. Se suele conocer en Nietzsche al filósofo, al pensador que ha tenido tanta influencia en el mundo intelectual contemporáneo, y ha marcado la mente de tantas generaciones. Pero es menos conocida la etapa final de su vida, sumido en una terrible depresión y locura que hizo sufrir lo indecible a su madre. Franziska era una mujer profundamente religiosa. Pasó los últimos años sirviendo a su hijo y rezando por él. Sufría enormemente por la deriva que tomó el pensamiento de Nietzsche. Él no quería que leyera muchos de sus textos porque sabía que chocaba con sus principios cristianos y le haría sufrir.

Nietzsche no apreciaba mucho a su madre, más bien la despreciaba. Y menos a su hermana. Pero su madre lo siguió de cerca. Fue internado en el manicomio de Jena, y su madre lo sacó para atenderlo personalmente, aunque era mayor. Quería darle el cariño que no le había dejado él manifestarle durante su frenética vida. Los médicos le diag-

nosticaron una parálisis mental progresiva. Se habló también de derrame cerebral. Pero la madre, con cariño, la calificó de desgaste mental por el esfuerzo que hizo en la elaboración de su pensamiento y sus publicaciones. Otros destacaron las consecuencias de la sífilis que parece que contrajo en un prostíbulo de joven. Todo su organismo estaba afectado por la enfermedad, que le hizo sufrir a él y a su madre.

Una vez dormido el hijo, ella escribe cartas y lee algo de los pensamientos de su querido Nietzsche, aunque no está de acuerdo con ellos. Especialmente le hizo sufrir mucho la lectura de El Anticristo. Su hijo siempre le recomendó que no la leyera, porque le dolería. La madre, que sólo ve al hijo y no quiere ver al filósofo, sigue tratando de que no sufra y no haga sufrir a los demás. Reza mucho a Dios con la esperanza de que su hijo recupere la salud. En una de sus cartas cuenta como fue una noche de Navidad, en la que su hijo se sintió –inesperadamente- feliz: Mi hijo dijo que lo pusiéramos cerca del árbol de Navidad, sentado delante en un

sillón con el rostro resplandeciente, mientras nosotras (la madre y la hermana), íbamos de allá para acá. Volvió la cabeza hacia el piano, para ver si venían de allí los sonidos y pronunció varias veces las siguientes palabras, sin ninguna clase de excitación: "Esto es lo más bonito de toda la casa". Con el tiempo la madre terminaría enfermando, pero no pierde la paz y la confianza en Dios. Alabado sea Dios sólo por haberme permitido hasta ahora prodigar los cuidados a mi hijo... porque por lo demás me siento completamente paralizada (Pág. 231). Y esta fue su última carta.

Es de admirar que una mujer de setenta años sacara fuerzas de su fe en Dios para rodear de cariño y atenciones a su hijo, que le hacía sufrir con sus pensamientos filosóficos y sus ademanes bruscos, pero era su madre. Es interesante saber que el padre de Nietzsche era pastor protestante. Y su hijo, sin embargo, en un arranque de delirio llegó a proclamarse con toda su fuerza el sucesor del Dios que ha muerto. La madre, como una nueva Mónica, pedía por la conversión

de su hijo. No parece que lo consiguiera, aunque su locura pudo ser un fuerte atenuante de sus desafíos contra Dios. ¡Quién sabe! tal vez no se perdió para siempre un hijo que costó tantas oraciones y lágrimas!

Anhelamos que el lector profundice en el conocimiento y amor a la verdad, como antídoto a toda irreverencia institucionalizada y neciamente proclamada.